

REUNIÓN ANUAL DEL CONSEJO GENERAL

Oporto (Portugal), 13 de junio de 2019

EL TÍTULO DE LA CONFERENCIA

Me siento muy honrado y feliz de haber sido invitado a participar en esta importante reunión anual de la Sociedad San Vicente de Paul para compartir con todos Ustedes algunas reflexiones sobre “El papel del laico en la Iglesia de Francisco”. Agradezco de modo especial al Presidente Renato Lima de Oliveira y a sus colaboradores por esta invitación que he aceptado con mucho placer.

Advierto en el título de la conferencia que me ha sido propuesta dos vertientes inseparables en la vocación, tradición y misión de vuestra Sociedad. Por una parte, se me pide que hable de “laicos” y sé muy bien cuánto la laicidad resulta esencial, congenial, típica para vuestra experiencia asociativa. Y ello desde los orígenes fundacionales de vuestro carisma en tiempos de Antonio Federico Ozanam y sus amigos. Ozanam es un gran santo laico para ayer, hoy y mañana. Como bien leí en uno de vuestros escritos, fue un “grandísimo profeta, porque hace más de 170 años hablar de una organización de laicos desempeñando una acción eclesial era inconcebible”. En efecto, vuestra experiencia originaria resultó sorprendente en una Iglesia caracterizada por un fuerte clericalismo en tiempos de asedio por una cultura agresivamente secularizante. Ozanam, sus amigos y sucesores anticipan y fecundan, a la vez, el redescubrimiento del laicado que confluye en las enseñanzas del Concilio Ecuménico Vaticano II. Esa característica vuestra ha debido ser custodiada y defendida en vuestra historia, incluso hasta nuestros días, para evitar abrazos eclesiásticos irrespetuosos y deformantes.

La segunda referencia del título de la conferencia es...”en la Iglesia del Papa Francisco”. Y se entiende bien lo que quiere decir, aunque preferiría que se dijera: en tiempos del pontificado del papa Francisco, porque la Iglesia no es del Papa Francisco sino sólo de Jesucristo. Lo que se entiende claramente de esta segunda parte del título es otra vertiente de vuestra historia: la laicidad no ha sido nunca contrapuesta a la eclesialidad, a la plena pertenencia a la Iglesia, a una activa participación en la comunión y misión eclesiales. De allí todas los mensajes de bendición y aliento que la SSVP ha recibido en el correr de las décadas de los sucesivos pontífices y de episcopados. Sin embargo, importa mucho que hagan ahora referencia explícita al Papa Francisco, porque es el Sucesor de Pedro, Vicario de Cristo, Obispo de Roma y Pastor universal, que Dios ha querido para esta hora de la Iglesia y de toda la humanidad y porque le manifestamos toda nuestra comunión afectiva y efectiva.

CHRISTIFIDELES LAICOS

Ustedes ciertamente tienen presente el último gran documento eclesial especialmente referido a los laicos. Me refiero a la Exhortación apostólica post-sinodal “Christifideles laici”. Fue una Carta



Magna para el laicado católico de fines milenio, pero sigue teniendo toda su vigencia y actualidad en nuestros días.

Ahora bien, es interesante observar que en estos 6 años de pontificado, el papa Francisco ha hablado relativamente poco de los laicos, en cuanto tematización explícita, aunque sí obviamente incluidos en todas sus homilías, catequesis y mensajes referidos a todos los cristianos, a todo el “Santo Pueblo fiel de Dios”. No cabe duda que el Papa usa sólo en forma comedida y cuando necesario el término “laicos”, pues prefiere aquel apelativo que desde la Iglesia de Antioquia hasta la actualidad expresa en forma mucho más significativa. Hablar de “laicos” es hablar, ante todo, de bautizados y evocar el “Santo Pueblo fiel de Dios”. Así lo dice el Santo Padre en su lenguaje muy directo cuando señala – en su carta al Cardenal Marc Ouellet, del 20 de marzo de 2016 – que “todos ingresamos a la Iglesia como laicos. El primer sacramento que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre muy orgullosos es el del bautismo. Por él y con la unción del Espíritu Santo (los fieles) quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo (cfr. L.G., 10). Nuestra primera y fundamental consagración – nos recuerda el papa Francisco – hunde sus raíces en el bautismo. A nadie han bautizado cura ni Obispo. Nos han bautizado laicos y es el signo indeleble que nada ni nadie podrá eliminar”.

Por eso mismo la Exhortación apostólica post-sinodal, que siguió a la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos reunida en octubre de 1987 para tratar la misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad se presentó bajo el título “Christífideles laici”. Ya no sólo “laicos”, sino ante todo “christífideles”. No una mera cuestión terminológica, sino preñada de profundas implicaciones teológicas y pastorales. Este sustantivo, “christífideles”, “en Cristo”, expresa el signo esencial y distintivo de la existencia eclesial del bautizado, del cristiano, previo y más radical, originario y decisivo respecto a cualquier ulterior distinción entre estados de vida, ministerios, carismas y funciones. El ser en Cristo, o sea el vivir el seguimiento de Cristo como discípulos y misioneros – diría el documento de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida – pertenece, en sí y por sí, a todos los bautizados: laicos, religiosos y pastores.

Hay textos fundamentales de aquella exhortación pontificia post-sinodal que pueden colocarse en profunda sintonía con lo planteado por el Papa Francisco en esta carta: “Estar insertado en Cristo por medio de la fe y de los sacramentos de iniciación cristiana es la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia, que constituye su más profunda ‘fisionomía’, que está a la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos” (n. 9). Por eso no se exagera al decir que “la existencia entera del fiel laico tiene el motivo de llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del bautismo, sacramento de la fe, para que pueda vivir las tareas según la vocación recibida de Dios” (n.10).

Un buen maestro, como Don Luigi Giussani, quiso afirmar esto terminantemente con la exclamación: “Laico, o sea, cristiano”. Y vale aquella notoria declaración de San Agustín, entonces Obispo de Hipona, en su Sermón 340, cuando afirmaba: “Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel nombre expresa un deber, éste una gracia; aquél implica un peligro, éste la salvación”.

EL SANTO PUEBLO DE DIOS

“Los laicos son parte del Santo Pueblo de Dios y, por lo tanto, los protagonistas de la Iglesia y del mundo”, concluye la carta del Santo Padre al Cardenal Ouellet. Hablar de laicos evoca inmediatamente al “Santo Pueblo de Dios”; es “evocar el horizonte al que estamos invitados a mirar y desde donde reflexionar”. Impresiona la cantidad de veces que el Papa hace alusión explícita, como con reverencia, estima y ternura, al “Santo Pueblo de Dios”, destacando su grandeza y belleza. Cuando “desarraigamos (a los laicos) del Santo Pueblo de Dios, lo desarraigamos de su identidad bautismal y así lo privamos de la gracia del Espíritu Santo”.

Sin duda, el papa Francisco retoma, rescata y repropone la realidad del “Pueblo de Dios” según las enseñanzas del Concilio Ecuménico Vaticano II. Digo rescata, no porque fuera negada, sino porque en el curso de los tiempos post-conciliares cayó en cierto desuso para prevenir y evitar meras lecturas sociológicas de su realidad. Y, sin embargo, el haber procedido en la elaboración de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, durante los trabajos del Concilio Vaticano II, a anteponer el capítulo sobre el pueblo de Dios a aquéllos referidos a la jerarquía, a los laicos y a los consagrados, fue considerado por muchos comentaristas, con cierta retórica altisonante, de “revolución copernicana”. Significaba, en verdad, la superación de la imagen piramidal de la Iglesia con la jerarquía al vértice, desde donde todo procedía, y los fieles por debajo, a seguir sus órdenes como masa de receptores o al más ejecutores de los designios jerárquicos (aunque todavía hoy persisten hábitos clericales que reducen los laicos a servidores de los curas, a sus “mandaderos”, a encerrarlos en las “sacristías” en auto-referencialidad eclesiástica).

La carta del Santo Padre trae de tal modo a colación aquellas enseñanzas fundamentales de la “Lumen Gentium”: “No hay, pues, que un pueblo de Dios escogido por Él: un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo (Ef. 4, 5); común es la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, común la gracia de adopción filial, común la vocación a la perfección: no hay más que una salvación, una sola esperanza y una caridad sin divisiones” (n. 32). ¡La común e igual dignidad y corresponsabilidad de todos los bautizados en el Santo Pueblo de Dios: su identidad “es la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo” – reza la carta, citando la “Lumen Gentium”, n. 9 -! A la hora “de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentos pues” – escribe el Papa en su carta al Cardenal Ouellet - al hecho de que este Pueblo “está unido con la gracia del Espíritu Santo (...). Por eso, el clericalismo tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente”. Es una degeneración que sigue siempre vigente como lo demuestran los muy tristes abusos de poder que terminan a menudo en crímenes de abusos sexuales.

VIVENCIAS DE LA ECLESIOLOGÍA DEL VATICANO II

En el lejano 18 de abril de 1967, el papa Pablo VI afirmaba que “el Concilio ratificó y amplió el aporte que ofrecen los movimientos del laicado católico, desde hace más de un siglo, a la Iglesia peregrina y militante”. Y en el mismo sentido, San Juan Pablo II dirigiéndose a las organizaciones nacionales del laicado, en su primer viaje apostólico en México (enero de 1979), decía lo siguiente: “Ustedes saben bien cómo el Concilio Vaticano II recoge aquella gran corriente histórica de ‘promoción del laicado’, profundizándola en sus fundamentos teológicos, integrándola e

iluminándola justamente con la eclesiología de la ‘Lumen Gentium’, convocando y exhortando a la participación activa de los laicos en la vida y misión de la Iglesia”. Sabemos, en efecto, que esta corriente histórica – uno de los hechos más significativos y relevantes del siglo XX eclesial – fue generada y conoció impulsos sucesivos en el proceso de maduración de la autonconciencia del ser y la misión de la Iglesia en nuestro tiempo, que confluyó y se expresó en el Concilio Vaticano II. En la celebración del vigésimo aniversario de la promulgación del decreto conciliar “Apostolicam Actuositatem” (18.XI/1985), que fue el primer documento de un Concilio dedicado enteramente a los laicos, San Juan Pablo II ofreció una síntesis iluminadora de sus enseñanzas. Subrayó “el pleno reconocimiento de la dignidad y responsabilidad de los laicos, en cuanto *christifideles*, en cuanto incorporados a Cristo, o sea en cuanto miembros vivos de su Cuerpo, partícipes de este misterio de comunión, en virtud del sacramento del bautismo y la confirmación, y del consiguiente sacerdocio común y universal de todos los cristiano (...), llamados a vivir, a testimoniar y a compartir la potencia de la redención de Cristo – clave y plenitud de sentido para la existencia humana – en el seno de toda comunidad eclesial y en todos los espacios de la convivencia (...)”. Después, retomando estas enseñanzas, vino la Exhortación apostólica post-sinodal “Christifideles laici” como carta magna. La carta del papa Francisco al Cardenal Ouellet prosigue estas reflexiones con algunas inflexiones y acentos que son características de su pontificado.

Las consideraciones del papa Francisco sobre la dignidad y responsabilidad de todos los bautizados en el horizonte del Santo Pueblo de Dios superan ciertas interpretaciones reductivas de las llamadas “teologías del laicado” que, en las primeras fases inmediatas del post-Concilio, tendieron a fundar lo “específico” del laico en oposición, e incluso contraposición, de lo del sacerdote y el religioso. Poniendo en resalto el valor de la diferencia, de la diversidad, de la especificidad, se intentaba cargar las tintas sobre la “identidad laical”, destacando una “espiritualidad laical”, una “formación laical”, el “compromiso laical”, la “autonomía de los laicos”, la exaltación de la laicidad. “La hora de los laicos” – expresión tan corriente por entonces, que el Papa retoma con una buena dosis de ironía – era la del reconocimiento de la irrupción de sectores laicales emergentes y entusiastas en la escena eclesial. Todo se definía y se pretendía jugar desde el terreno sensible de una resistencia crítica, una apertura de brechas y una profunda renovación de una Iglesia considerada “clerical”, “piramidal”. Esta identidad específica definida por contraposición ofuscaba el común fundamento bautismal y desarticulaba el misterio de comunión eclesial, a menudo presentado de hecho como el de corporaciones – clerical, consagrada y laical – en tensión y luchas por una celosa delimitación de esferas de acción, por una afirmación y redistribución de los respectivos derechos, poderes y funciones. No puede extrañar que las relaciones del clero y estas minorías laicales emergentes constituyera un campo de tensiones, especialmente en la vida parroquial. De allí provinieron las contraposiciones esquemáticas y disgregantes entre “Iglesia Pueblo” e “Iglesia Jerarquía”, entre “Iglesia comunidad” e “Iglesia Sacramento”, entre “Iglesia carismática” e “Iglesia Institución”.

¿Acaso no quedan aún mentalidades residuales que reducen la “promoción de los laicos” a un obsesivo reivindicacionismo, como si dicha “promoción” – y este sustantivo es ya de por sí bastante ilustrativo – se concentrase en la búsqueda afanosa de mayores espacios, poderes y roles dentro de las estructuras eclesiásticas? Todavía hoy en ambientes anglosajones se habla a menudo de “empowerment” de los laicos, donde no se refiere tanto al poder del Espíritu Santo en la vida de los laicos cuanto al poder eclesiástico en sentido mundano.

Esa tendencia se conjugó con el hecho de que, respecto de la “hora de los laicos” y la “promoción del laicado”, la referencia a los laicos se fue reduciendo y concentrando en minorías laicales emergentes, las más informadas y sensibles respecto del acontecimiento conciliar, en las que se arremolinaban y se expresaban los entusiasmos y euforias, las oposiciones y conflictos, las experimentaciones y búsquedas, las críticas y contestaciones de esa primera fase post-conciliar. Incluso en Francia prevalecía la pésima distinción entre “laics” y “laicat”. Éstos últimos constituían la expresión del laicado organizado, comprometido, militante, protagonista en la Acción Católica y sus movimientos de ambientes, en las diversas instancias eclesiales y en sus compromisos sociales y políticos. Los “laics” quedaban en la sombra. En muchas otras Iglesias se distinguían los “laicos militantes” de los simples “laicos practicantes” y éstos de los “no organizados” y de la “masa pasiva de los fieles”.

Resulta evidente que al papa Francisco no le gusta en absoluto que la referencia a los laicos tenga que ser acompañada por un calificativo autocomplaciente, propio de minorías iluminadas, como cuando se habla de “laicos comprometidos”, “laicos militantes”, “laicos de edad adulta”...¿Cómo calificar a su abuela Rosa, de la que hace frecuente referencias en su memoria, como aquél eslabón fundamental a través del cual la tradición católica se fue haciendo carne en su vida? No hay que perder la memoria agradecida de la “fe sencilla” que siendo testimoniada en la propia familia, en la comunidad parroquial, en las escuelas y colegios, en otras comunidades, “fue llegando a nuestra vida y haciéndose carne”. El Papa Francisco no se refiere la “pequeña grey” como a los “pocos y buenos”, a los “puros y duros”, a los “coherentes”, “comprometidos” y “militantes” – a menudo en deriva neo-farisaica -, sino a un pueblo de elegidos y llamados, convocados y congregados por Dios, configurado por pobres pecadores convertidos por gracia del Espíritu Santo en miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Y como todo pueblo, con una composición de personas que viven los más diversos grados de pertenencia y adhesión, de participación y corresponsabilidad, todas llamadas a crecer en lo que hace a su vida y misión.

A causa de tal reducción elitista, las grandes mayorías del Santo Pueblo de Dios quedaban en la penumbra y sus modos tradicionales y muy arraigados de participación y religiosidad católicas incluso despreciados, como residuos de una cristiandad en descomposición. El verdadero laico aparecía sólo en quien acumulaba presencias, funciones y activismos en las estructuras eclesiales o desplegaba militancias politizadas, mientras muchísimas y muy variadas realidades vivas de fe y caridad en la ordinaria vida cotidiana y en las formas arraigadas de piedad popular no eran casi consideradas.

Por eso, el papa Francisco aprecia mucho aquel giro teológico y pastoral operado por San Pablo VI cuando revalorizó la “piedad popular” en la extraordinaria Exhortación apostólica “Evangelii Nuntiandi”, en 1975. Son numerosas las veces que en las que el papa Francisco cita, admirado, la “Evangelii Nuntiandi”, y recuerde el capítulo sobre la “religiosidad popular” como lo que más aprecia en el documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida (mayo de 2007).

Para el papa Francisco, siguiendo esas huellas, se trata de “la fe del pueblo”, la modalidad de inculturación de la tradición católica en la historia y en la vida de los pueblos, especialmente de los pobres y sencillos. Se manifiesta en sus expresiones religiosas pero también, con toda la carga de inevitable ambigüedad, en las más variadas dimensiones de su vida. Así lo ha desarrollado

especialmente en la Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”, retomando en la carta al Cardenal Ouellet estas significativas expresiones: “una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente y posee una sabiduría popular que hay que reconocer con mirada agradecida”. “El Papa Pablo VI usa una expresión que considero clave – concluye el Santo Padre Francisco en su carta al Cardenal Ouellet -, la fe de nuestro pueblo, sus orientaciones, búsquedas, deseos, anhelos, cuando se logran escuchar y orientar nos terminan manifestando una genuina presencia del Espíritu”. Por eso, exhorta a que “confiemos en nuestro Pueblo, en su memoria y en su ‘olfato’, confiemos que el Espíritu Santo actúa en ellos y con ellos, y que este Espíritu no es “propiedad” de la jerarquía eclesial” ni de minorías de “elegidos e iluminados”.

UN RENOVADO ENCUENTRO Y CONVERSIÓN

Desde el comienzo del pontificado, el papa Francisco no hace más que buscar todos los medios posibles, movido por la gracia del Espíritu, por su experiencia pastoral y por su temperamento personal, para llegar al corazón de las personas que encuentra, para custodiar y conmover el santo pueblo que le ha sido confiado, para hacer emerger preguntas inquietantes y anhelos de bien, amor, verdad y justicia en la aventura humana, para anunciar el Evangelio. Su “revolución evangélica” implica y requiere una dinámica de conversiones. Ante todo, se trata de una conversión personal por un renovado encuentro con Jesucristo. Lo dice en forma grave al comienzo de su Exhortación “Evangelii Gaudium cuando “invita a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (n. 3). Esta es la invitación urgida, esencial y central, en la que se concentran todas las palabras, iniciativas y gestos del pontificado. Incluso a los Obispos, en Italia, comienza preguntándose: “¿Quién es para mí Jesucristo? ¿Cómo ha marcado la verdad de mi historia?, ¿Qué dice de Él mi vida?”. Si no damos respuesta a esta invitación, nos contentamos sólo con los fuegos artificiales y el anecdotario del pontificado. Quedamos poco atentos a lo que el Espíritu está diciendo a la Iglesia y a las Iglesias, a cada uno de los bautizados, mediante el testimonio, el magisterio y el ministerio del Papa Francisco. Nada puede darse por presupuesto o por descontado en la fe de los cristianos; cuando falta ese siempre renovado encuentro con el Señor, que se realiza como seguimiento, familiaridad, comunión, la adhesión a la tradición y valores cristianos corre el riesgo de deslizarse a un clericalismo eclesiástico de viejo o nuevo sello como pertenencia a una organización con fines religiosos y sociales.

El papa Francisco quiere especialmente, refiriéndose a los cristianos, desestabilizar sus tendencias a profesar un cristianismo formal, fardo tradicional, apegado sólo a algunos ritos, doctrinas y preceptos. No faltan, pues, las referencias a los cristianos de “vetrina”, de “confitería”, al “agua de rosas”, a cristianos que viven como paganos, a los que “balconean”, a los cristianos derrotados, escépticos, abatidos, tristes, porque han perdido la esperanza (cf. E.G. 76-86). El Papa quiere, sin duda, desacomodarnos, desestabilizarnos de toda asimilación y conformación de nuestro cristianismo según el espíritu de este mundo, contaminado ideológicamente. Más fuerte, sin embargo, es su propuesta a que seamos dóciles al Espíritu de Dios, a que acojamos sus sorpresas – y es el Papa el primero que ciertamente las acoge – más allá de nuestras seguridades materiales,

espirituales, eclesiásticas. Es el Espíritu de Dios que nos conduce al encuentro con Jesucristo, con la misma realidad, la misma novedad, la misma actualidad, el mismo poder de persuasión y afecto, que lo experimentado por Andrés y Felipe a las orillas del lago Tiberíades (“Maestro, ¿dónde vives?...Ven y sígname”), por la samaritana en el pozo y sedienta de agua viva, por Zaqueo subido al árbol y visitado por el Señor en su casa, por la Magdalena conmovida por su presencia misericordiosa, por los discípulos de Emaús que sienten arden el corazón al reconocerlo. Es verdadero encuentro con Cristo si va cambiando nuestra vida no obstante todas mis resistencias y caídas. Si cambia mi relación con mi esposa, con mis hijos, con mi trabajo, con el uso de mi tiempo libre y del dinero, si cambia todas las dimensiones de mi existencia, y las va convirtiendo en más humanas, más llenas de gusto, de amor, de alegría y esperanza. De tal modo el mandamiento supremo de la caridad se va convirtiendo en forma determinante de toda nuestra existencia, expresión verdadera y fecunda de nuestra fe, sello de nuestra identidad cristiana.

¿Qué es la conversión sino “el don de reconocerse pecador” y de confiarse mendicante a la gracia de Dios, para tener a Cristo presente en la trama de nuestra vida, iluminándola, cambiándola no obstante nuestras distracciones, resistencias y caídas, haciéndola crecer en humanidad, en amor y verdad, en felicidad y esperanza? El Papa nos invita a liberarnos, por gracia de Dios, de nuestros ídolos para readquirir la libertad de los hijos de Dios. Nos invita a crecer siempre como sus discípulos-misioneros, los testigos de una sorprendente novedad de vida según el Evangelio.

EL ENCUENTRO CON LOS POBRES

El papa Francisco nos recuerda siempre que ese encuentro con Cristo se realiza ciertamente en la Eucaristía, en la escucha de su Palabra, en la comunión de los fieles, en una disciplina personal de oración, pero es un encuentro que no puede quedar dissociada de otro encuentro fundamental que es el encuentro con los pobres. La pobreza, para nosotros cristianos, afirmó el Santo Padre el 18 de mayo de 2013, “no es una categoría sociológica o filosófica y cultural: no, es una categoría teológica: diría que es la primera categoría, porque ese Dios, el Hijo de Dios, se ha abajado, se ha hecho pobre para caminar con nosotros (...). Y esta es nuestra pobreza: la pobreza de la carne de Cristo (...). Un Iglesia pobre para los pobres empieza con ir hacia la carne de Cristo”. Los pobres son “la segunda eucaristía del Señor”, dijo algún Padre de la Iglesia. No en vano, el Papa Francisco recapitula todo el mensaje cristiano en dos protocolos fundamentales para nuestro discipulado-misionero, para nuestro testimonio, para nuestra salvación: uno es el de las “bienaventuranzas” y el otro es el del evangelio de Mateo cuando se lee: “(...) Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer? ¿O cuándo te vimos con sed y te dimos de beber? ¿O cuándo te vimos forastero y te dimos alojamiento, o sin ropa y te la dimos? ¿Y cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? (...) Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de estos hermanos por mí mismo lo hicieron” (Mt. 25, 31-43). No es este amor preferencial por los pobres un “optional” sino una exigencia evangélica ínsita para todos los que se confiesan cristianos. Lo decía San Pablo VI en su alocución al inicio de la II Sesión del Concilio Vaticano II, el 29 de setiembre de 1963: Nuestra Madre Iglesia mira “en particular a esa parte de la humanidad que sufre y llora, porque sabe que estas personas le pertenecen por derecho evangélico”. No puede darles la espalda.

Los pontífices sucesivos han destacado siempre este amor preferencial por los pobres y los que sufren. El Papa actual, con sus gestos y palabras, en la dramática cotidianidad, nos invita a ir al encuentro de los pobres, de los pobres muy concretos, en el cara a cara, tocando sus llagas, llenos de conmoción, ternura y caridad. Son los rostros de los nuevos esclavos de nuestro tiempo, como los niños y niñas sometidos a todo tipo de abusos sexuales, explotados en el trabajo desde la tierna edad o integrados en redes de mendicidad e incluso utilizados como correos de las drogas, las mujeres esclavizadas para el negocio de la prostitución o que sufren violencias cotidianas dentro de los muros domésticos, las reducidas a ser “sirvientas” de los “amos”, los inmigrantes que son objeto de traficantes inescrupulosos y que tienen que aceptar condiciones miserables de vida y trabajo, los que son mano de obra brutalmente explotada en talleres clandestinos de trabajo “informal”. Los hay también considerados “material de desecho”, “descatados”, “excluidos”, como los “descartados” desde el seno materno por el crimen abominable del aborto, los niños abandonados a vivir en las calles, los jóvenes que no trabajan ni están escolarizados y a los cuales no se abre otro horizonte que ser integrados en las redes de la delincuencia y del narco-negocio, la multitud de los desocupados que ven socavada su dignidad humana (muchos de ellos excluidos a perpetuidad del mercado laboral) o que sufren una extrema precariedad laboral y existencial sin que ninguno se ocupe de ellos, los drogadictos vagabundos por las calles de la ciudad, los refugiados que no pueden regresar al país de donde provienen y concentran en sus campamentos a multitudes de desposeídos que no son recibidos por ningún gobierno de otros países, las grandes masas de la población que viven en la miseria y que incluso pasan hambre, los migrantes tachados de superfluos en sus países de origen, los cartoneros y los que sobreviven trabajando y alimentándose con las basuras, los ancianos y los enfermos abandonados para los cuales se practican, muchas veces, formas “legales” o encubiertas de eutanasia.

Son pobres bien concretos y no discursos estadísticos sobre la pobreza para tecnócratas, ni retóricas exaltadas para calentar cabezas de un pauperismo ideológico, ni una mera filantropía que puede ser buena para una ONG pero muy insuficiente para la Iglesia.

Los cristianos no pueden ignorar a los muchos “Lázaros” que están en nuestras puertas, en nuestras calles, en nuestros campos y montañas. No podemos dar vuelta la cara para no verlos y encerrarnos en nuestra indiferencia de privilegiados.

CARIDAD DE LAS OBRAS, CARIDAD POLÍTICA

A esa caridad cara a cara, el papa Francisco, añade inseparablemente una “caridad de las obras”, para atender en forma duradera y más eficaz a las necesidades de los pobres. No en vano el papa Francisco ha puesto nuevamente de relieve en la vida de la Iglesia la importancia de las obras espirituales y materiales de la misericordia. Si a veces son realizadas de persona a persona, muchas otras requieren que esa caridad se exprese y realice en obras, en las que, por otra parte, se aplican los principios de subsidiariedad y solidaridad tan presentes en la doctrina social de la Iglesia.

En fin, existe también y es muy necesaria una “caridad política”. Desde papa Pío XII los sucesivos pontífices han hablado de la política como “alta forma de la caridad”, en cuanto servicio desinteresado al bien común de las naciones y especialmente de los pobres. Se trata de la “buena política” y no de sus formas de corrupción y degeneración que abundan por doquier. Porque no basta asistir a los pobres en sus necesidades inmediatas, sino también conocer más a fondo,

discernir y enfrentar las causas que están continuamente generando situaciones de pobreza, e incluso indigencia, configurando muy extremas e inicuas condiciones de desigualdad social en la convivencia. Trágica contradicción de nuestro tiempo es que cuanto más aumentan las posibilidades de progreso tecnológico y económico, tanto más hay multitudes que no pueden acceder a sus beneficios. El Papa ha exclamado muchos “no” rotundos “a una economía de la exclusión y la inequidad”, incluso a una economía “que mata” (cfr. E.G. 32 y ss.), alzando su voz profética contra las idolatrías del dinero y el egoísmo que está en su raíz. Más aún: el modo con el que se enfrenta e intenta resolver la situación de los pobres es un juicio y medida de toda buena (o mala) política.

CATÓLICOS EN LA ESCENA PÚBLICA

Por eso mismo, el papa Francisco destaca al respecto otra exigencia que es muy propia de los laicos. “Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquél que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis y poco hemos reflexionado cómo acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana (...)”, escribió en su carta al Cardenal Ouellet. ¿En qué ha quedado aquello de la responsabilidad peculiar de los laicos “gestionar y ordenar los asuntos temporales según Dios” (L.G. 31, G.S. 43). ¿Acaso no es el mundo es “el ámbito y el medio de la vocación de los cristianos laicos”, en cuanto realidad destinada a obtener en Cristo la plenitud de significación y de vida? (cfr. CHL,).

Por supuesto, lo de la “índole secular” no es exclusivo para caracterizar la tarea de los fieles laicos. Toda la Iglesia vive en el “siglo” y es sacramento para el mundo, pero los fieles laicos están llamados a ser como adelantados que abren caminos al Evangelio en las más diversas fronteras de la construcción de un orden social justo. Si bien es muy claro que corresponde a la jerarquía eclesiástica enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que deben guiar la conducta y opciones de los fieles en la “polis” y que iluminan su construcción hacia el bien común, corresponde a los fieles laicos, “con la propia iniciativa y sin esperar consignas y directivas, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven” (Populorum Progressio, n. 81).

No obstante todo ello, precisamente cuando comenzaba a superarse los oleajes de secularización de los clérigos, resultaba cada vez más notoria una cierta tendencia de clericalización de los laicos. En su carta, el Papa Francisco habla de un “tendencia a la funcionalización del laicado (...), tratándolo como ‘mandaderos’ ”. Se advertía por doquier la desproporción entre la necesaria y generosa disponibilidad de muy numerosos laicos como animadores litúrgicos y de comunidades cristianas, catequistas, colaboradores de los escasos sacerdotes en las parroquias, “agentes pastorales” revestidos de los más diversos “ministerios no ordenados”, partícipes de varios organismos, consejos y oficinas en el ámbito eclesiástico, por una parte, y, por otra, la diáspora muchas veces conformista, anónima, irrelevante de los laicos católicos en el mundo del trabajo y la economía, de la política y la cultura, de los medios de comunicación social, etc. A tal punto, que algunos laicos comienzan a considerar más importante para su vida cristiana, para su participación en la misión de la Iglesia, si tienen, o no, voto consultivo o deliberativo en tal o cual organismo eclesiástico, si pueden, o no, ejercer tal o cual función pastoral, que el hecho de estar tomando cada día decisiones importantes en la vida familiar, laboral, social y política. Correlativamente, los sacerdotes terminan considerando más a los laicos como meros colaboradores parroquiales y

pastorales que mediante modalidades de educación, valorización, compañía y apoyo, por parte de la comunidad cristiana, de su presencia “secular” en búsqueda de la construcción de formas de vida más humanas.

No se trata obviamente de despreciar la muy positiva y generosa corresponsabilidad de los laicos en la edificación de las comunidades cristianas, pero resulta muy interpelante lo que el papa Benedicto XVI expresara en su discurso inaugural de Aparecida y fuera retomado por el Episcopado latinoamericano en su documento conclusivo (cuya jefe de redacción fue el entonces Cardenal Jorge Mario Bergoglio): hay “una notable ausencia en el ámbito político, comunicativo y universitario de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas”. De este repliegue eclesial de los laicos, en “cosas de curas” como dice el papa Francisco, cabe tener presente muchos factores. Ya el Concilio Vaticano II hablaba del “divorcio entre “la fe y la vida (...)” y la Exhortación apostólica “Christifideles laici” de “dos vidas paralelas: por una parte, la llamada ‘vida espiritual’ (...) y, por otra, la vida llamada ‘secular’, o sea la vida de familia, de trabajo, de relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura” (n. 59). A menudo la fe profesada va reduciéndose a un catálogo de ritos, doctrinas, preceptos morales y procedimientos pastorales, sin ser concebida ni experimentada como acontecimiento de un encuentro sorprendente con Cristo, que abraza y va transformando toda la vida del bautizado.

“¿Qué significa para nosotros pastores – escribe el papa Francisco en su carta – que los laicos estén trabajando en la vida pública? Significa buscar la manera de poder alentar, acompañar y estimular todos los intentos, esfuerzos que ya hoy se hacen por mantener viva la esperanza y la fe en un mundo lleno de contradicciones, especialmente para los más pobres, especialmente con los más pobres”. El Papa pide a los pastores abrir puertas, trabajar con ellos, soñar con ellos, reflexionar y especialmente rezar con ellos. No “fabricar” presencias en los pizarrones de planes pastorales sino reconocerlas, acompañarlas, sostenerlas. Significa tener conciencia que por su pertenencia al Santo Pueblo de Dios no faltan a estos laicos las mociones del Espíritu Santo. Significa estar atentos a los signos de la presencia de Dios en el ámbito de la “ciudad”, en donde se concentra y despliega la vida concreta de la gente, presente “en los ciudadanos, promoviendo la caridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. La desatención es signo de clericalismo.

Hay otra observación muy importante de la carta del Papa. Sabe el Pastor universal “que el laico por su propia realidad, por su propia identidad, por estar inmerso en el corazón de la vida social, pública y política, por estar en medio de nuevas formas culturales que se gestan continuamente, tiene exigencias de nuevas formas de organización y de celebración de la fe (...). Esto requiere imaginar espacios de oración y de comunión con características novedosas, más atractivas y significativas (...), según los diferentes contextos, sin caer en el riesgo de “dar directivas generales para una organización del pueblo de Dios al interno de su vida pública”. Buscar esas nuevas formas de convocación, compañía y sostén resulta muy importante para evitar una diáspora que deja solos y que tiende a “amoldar al tiempo presente”. Para quienes asumen responsabilidades públicas, muchas veces absorbentes, no basta la presencia dominical en las parroquias, pero necesitan la incorporación en algunas formas de comunidades vivas en las que pueda compartir su vida a la luz de

la fe, alimentarla y rezarla. Tener presente las carencias de esa presencia en los espacios públicos y la concreta situación que viven los laicos en seno a la ciudad, sin empeñarse efectivamente en la búsquedas de esas nuevas formas de celebración, reflexión, oración y comunión, es signo del clericalismo al que se refiere el Santo Padre, que “coarta las distintas iniciativas, esfuerzos y hasta me animo a decir, osadías necesarias para poder llevar la Buena Nueva del Evangelio a todos los ámbitos del quehacer social y especialmente político” (...), apagando el fuego profético.

Hoy más que nunca se requiere un recambio de dirigentes de la cosa pública y la originalidad de la presencia y contribución de los católicos en la dialéctica democrática en pos del bien común.

Prof. Guzmán M. Carriquiry Lecour
Secretario encargado de la Vice-Presidencia
Pontificia Comisión para América Latina